

CAPÍTULO XII

Comercio y relaciones de los pueblos del Asia central antigua, según los viajes y descubrimientos modernos.

«Javan, Túbal y Mesach, así como Thogarma, traficarán contigo: te darán á cambio de tus géneros: esclavos, caballos, mulos y cobre.»
Ezequiel, XXVII, 13, 14.

Si es verdad, como creemos haberlo demostrado, que el interior del Asia fué más conocido en tiempo de los persas, que lo es hoy, el asentimiento de esta verdad debe hacernos concebir una elevada idea de las relaciones de toda especie que existían en estos remotos tiempos entre las diferentes naciones asiáticas; debe ensanchar el cuadro que nos hemos propuesto trazar del comercio de estas naciones, y suministrarlos episodios muy interesantes.

No nos vemos reducidos á simples conjeturas en este trabajo; pues la historia felizmente nos ha conservado un gran número de datos positivos, para colocarnos en situación de expresarnos afirmativamente, y tratar la cuestión á fondo, si no en los detalles, al menos en el conjunto.

Las ciudades griegas de las costas del Mar Negro, fueron las que llevaron la vida y la actividad á las poblaciones del N.; su genio intrépido y osado les abrió relaciones con los países más apartados del Oriente, y quizás también se hicieron ellas acarrear los géneros de la India á través de las llanuras del Asia.

Todas estas ciudades eran colonias de Mileto; la más considerable era Olbia, situada á la embocadura del Borysthenes, en el mismo sitio en donde hoy se eleva Cherson. En segundo lugar brillaban Panticapea, en la península Taurida; Tanagoria y Fanaís, en el Mar de

Azoff; Dioscurias, cerca de las bocas del Fasis; y en fin, Heraclea, Sinope y Amirus, sobre las costas del Asia Menor que bañan las olas del Ponto-Euxino. Estas ciudades, fundadas la mayor parte setecientos años antes de Jesucristo, y por consiguiente, antes de la dominación de los persas, se habían apropiado la navegación y el comercio del Mar Negro; vieron afluir á sus mercados las producciones de todos los países vecinos á este mar, los cuales encontraban en ellas una venta tan pronta como ventajosa; y su industria, así como su poder, desenvolviéndose más y más, acabaron por atraer hacia sí todos los productos del Norte y del Oriente. Vamos á seguir su comercio en sus diferentes ramificaciones.

Todas estas ciudades, y sobre todo Dioscurias, Panticapea y Fanagoria, eran en otro tiempo los mercados de esclavos más considerables y más famosos.

Los países situados al N. y al E. del mar Negro, eran el inagotable almacén de este tráfico deshonesto é inhumano; de donde procede que el nombre de escita fué frecuentemente empleado como sinónimo de esclavo.

En las continuas guerras que se hacían las poblaciones del monte Cáucaso, todos los prisioneros eran vendidos como esclavos; porque la esclavitud era una costumbre general entre los escitas, así como entre todos los pueblos nómadas (1); y los mercados de esclavos de Panticapea y de Dioscurias eran todavía en

(1) Herodoto, IV, 2, 3.



tiempo de Estrabon los puntos de cita de estas tribus bárbaras (1).

El comercio más útil para ellas era el del trigo.

Hemos visto ya en nuestras citas de Herodoto, que muchas poblaciones escitas habían llegado á conocer la agricultura, y que la Ukraina, entre otras, sobre las dos orillas del Dnieper producía mucho trigo. El terreno cultivado de este distrito se extendía hasta el terreno actual de Kiwa. Hemos notado también, con el mismo historiador, que los habitantes de este distrito trabajaban la tierra, no para consumir ellos mismos sus producciones, sino para sacar de ellas una ganancia por medio del comercio (2). Así, pues, la Ukraina era, en tiempo de los persas, como lo es en nuestros días, una comarca fértil en trigo, y la ciudad de Olbia servía de depósito á sus cereales. Esta ciudad conservaba principalmente relaciones con Atenas (3), cuyo territorio no producía tanto trigo como era necesario para alimentar á sus habitantes.

El comercio de las pieles colocó á los griegos en situación de penetrar todavía más adelante en el corazón del país. Hemos observado además, que este comercio no podía ser antiguamente tan considerable, como ha venido á ser en nuestros últimos tiempos; pero no fué de escasa importancia. El clima de los países vecinos al mar Negro, y de muchos otros situados en los mismos grados de latitud, era entonces más crudo y más frío que al presente (4), y se hacía sentir la necesidad de vestidos de mucho abrigo. También el uso de las pieles era casi general entre las poblaciones de la Tracia, y entre todas las tribus asiáticas establecidas más arriba de los 40° de latitud Norte. Los tracios llevaban gorras de piel de zorro y calzado forrado (5); los escitas y los melanchlenos estaban vestidos de ropones. Estos mis-

(1) Estrabon, p. 757, 761. Según el testimonio de este autor, se contaban más de setenta poblaciones reunidas en los grandes mercados de Panticopea.

(2) Herodoto, IV, 17.

(3) Demosth., *In sept.*, p. 254, *ed Wolf.*

(4) El que crea exagerados los lamentos de Ovidio, puede comprobarlos en Herodoto (IV, 28).

(5) Herodoto, VII, 75.

mos trajes eran comunes á otros pueblos esparcidos al E. del mar Caspio, é indicaremos también que las pieles finas eran buscadas igualmente en el Asia meridional.

Pero el espíritu aventurero y emprendedor de los griegos del Ponto Euxino, no se limitaba á este comercio con los pueblos del Norte; avanzaron hacia el Oriente, y se abrieron camino hacia la gran Mongolia. También en este punto tomaremos á Herodoto por guía y por autoridad.

«El país de los argipeos (1) (hoy los calmuco) es muy conocido, lo mismo que el de otros pueblos, de los cuales hemos hablado más arriba.

»Porque es frecuentemente visitado, ya por los escitas, que no se hacen rogar para dar todas las explicaciones que se les pide, ya por los griegos de la ciudad de Olbia y de los lugares vecinos. Los escitas que van á estas regiones tratan ordinariamente sus negocios en siete lenguas diferentes y por la mediación de otros tantos intérpretes.»

Este pasaje notable de nuestro historiador, encierra evidentemente la descripción de un comercio por caravanas, las cuales salvaban el Ural, pasaban al Norte, al rededor del mar Caspio, y avanzaban hasta el interior de la gran Mongolia. Este comercio era explotado á la vez por los griegos del Ponto y por los escitas, y una vez conocida su marcha, es fácil de explicar su organización; los escitas, pueblo acostumbrado á viajar con numerosos ganados y poseedor de numerosas bestias de carga, estaban reputados como los mejores conductores de carros; es de creer que formaban gran parte de las caravanas que iban al Asia Oriental.

No puede haber lugar á duda sobre el lugar de su partida y el término de su viaje.

Comenzaba en Olbia, cerca de la embocadura del Borysthenes, y terminaba más allá del monte Ural, en el país de los argipeos, hoy de los calmuco. Este pueblo pertenecía á la gran raza mongola, y formaba la rama más occidental. Sus tiendas, hechas de fieltro, prueban de alguna manera su parentesco con los mongo-

(1) Herodoto, IV, 24.



les ó calmuco; pues los escitas, segun refiere Herodoto, establecian sus moradas sobre carros entalamados (1), dando así á conocer su origen tártaro.

Todo cuanto conocemos del país de los argipeos, se reduce á saber que es necesario buscarles en la parte occidental de la gran Mongolia, y probablemente en el canton actual de los kirguis (2), de donde no podrá deducirse, sin embargo, que este país fuera de una mediana extension, porque podria extenderse hácia el S. hasta el Jasartes, es decir, hasta los límites de la tribu de la gran Tartaria y de la Mongolia; y por la parte del E. hasta el territorio de los isedones. El conocimiento de esta doble cercanía nos parece bastante importante, en cuanto que nos sirve de prueba de que el comercio con los argipeos podia abrir á los griegos buenas relaciones con los diferentes países situados, bien al Oriente, ó bien al Norte del Asia.

Examinaremos ahora cuáles eran los restos de este comercio.

La última parte de la que atravesaba los países de las llanuras del otro lado del Ural, era la misma que la que tienen que hacer ahora las caravanas que se dirigen de Oremburg hácia Buchara ó hácia Chiva, ó de estas dos últimas ciudades, hácia Oremburg. Las expediciones comerciales de los rusos, muy especialmente la del año 1820, han suministrado algunos datos sobre estas comarcas y su itinerario; y creemos poder complacer á nuestros lectores, dice Heeren, poniendo á su consideracion las noticias que se nos han comunicado sobre esta materia.

Segun ellas, no existe un verdadero camino entre Oremburg y Buchara. Desde Oremburg hasta Sir-Darja no hay camino de buen tránsito; sólo se encuentran algunos senderos hechos por los camellos, y esto únicamente cerca de las fuentes. La caravana rusa, que, acompañada de una fuerte escolta, pudo sin peligro tomar el camino más frecuentado, dió la vuelta por el extremo NE. del lago Aral (3); pasó los dos bra-

(1) Herodoto, IV, 46.

(2) Los kirguis emigraron mucho más allá de la Siberia, para fijarse en su actual domicilio.

(3) Se volvió á Buchara y no á Chiva; si hubie-

zos del Sir-Darja por el N. y S., y llegó por el desierto de Kisil-Koum á la Buchara septentrional. Pero diferentes causas se oponen á que las caravanas lleven siempre los mismos caminos: unas veces por el peligro que corren á causa de las hordas, que no viven más que del pillaje; otras por la necesidad de dar forraje y agua á sus camellos, porque no pueden dejarles pastar á no ser sobre el territorio de las hordas amigas. Los khivanos tienen cuatro rutas de comunicacion con la Rusia. La primera pasa entre el lago Aral y mar Caspio, y se dirige derechamente hácia Oremburg, atravesando la llanura de los Kirguis. No es segura más que en tiempo de paz, y para esto es necesario tener buenas relaciones con sus poblaciones, lo que es muy difícil conseguir desde ya hace algunos años. La segunda ruta conduce por Sarutschek, á lo largo de las fronteras de la Rusia, y va á terminar tambien en Oremburg. Por esta vuelta los khivanos tratan de evitar las agresiones de los kirguis. La tercera va desde Sarutschek á Astrakan, desde donde trasportan las mercancías por el Volga hasta el nuevo Nowogorod. La cuarta, partiendo de Khiva, conduce á Karagan (1); y de allí por el mar Caspio á Astrakan. De estas cuatro rutas, la segunda y tercera son las más visitadas.»

Haremos ver hasta qué punto pueden aplicarse estos datos al comercio escita, despues que hayamos investigado el camino comercial de las ciudades situadas sobre el mar Negro, desde las márgenes de este mar hasta los montes Urales.

Aunque Herodoto no haya determinado con exactitud este camino, no es difícil trazarle, dadas las indicaciones que él nos ha dejado. Los comerciantes escitas y griegos tenían, dice, que atravesar países habitados por siete poblaciones diferentes, que hablaban otros tantos idiomas, y se veían precisados por consi-

se sido el término de su viaje esta última ciudad, el camino entre el mar Caspio y el lago Aral hubiera sido el más corto.

(1) Karagan es el cabo más avanzado de la ribera oriental del mar Caspio, hácia los 44° de latitud Norte, y el punto desde donde la travesía hasta Astrakan es más corta.



guiente á servirse de los respectivos intérpretes para poderse entender. Estas poblaciones no pueden ser otras que las que Herodoto ha nombrado (1): los tarianos, los sármatas, los budinos, los gelones, los tisagetas, los jircas y los argipeos (2). Así, que considerando con Herodoto á Olbia como el lugar comercial en cuyas cercanías se reunian las caravanas, la ruta que seguian debía pasar por la comarca de Hilea, ó region poblada, é ir costeando el mar de Azoff hasta las bocas del Tanaís. Allí es donde habitaban los taurianos (3), dispersados, como se ve, mucho más allá de la península, á la que dieron su nombre.

Las caravanas, luego que pasaban el Tanaís, tenían que entrar en la llanura de Astrakan, desde donde se dirigian al Norte, atravesando los países de los sármatas, ganando el de los budinos, para llegar á la ciudad de madera de los gelones. De aquí volvían hácia el NE., y despues de unos siete dias de marcha por un desierto, se estacionaban en el país de los tisagetas y de los jircas, sobre las fronteras de la Siberia. Trasponian despues la cordillera del monte Ural, y desde aquí bajaban á las llanuras de los kirguis y de los calmuco, último término de su viaje.

Como se ve, no era este el camino más corto para ir de Olbia al país de los argipeos. Tenían que volver á la izquierda, hacer un gran rodeo en direccion al N., y subir despues á las fronteras de la Siberia, si es que no tenían necesidad de pasarlas.

(1) Lo que prueba en efecto la procedencia del pasaje donde se hace mencion de estas poblaciones.

(2) Pasamos en silencio los escitas desterrados ó emigrados, cerca de los cuales las caravanas no tenían necesidad de intérpretes, puesto que habían conservado su idioma sin alteracion. Si se quisiera, sin embargo, sustituirles en este pasaje de Herodoto á los taurianos, no había razon para que nos opusiéramos. Herodoto no fija su domicilio de una manera positiva; se limita únicamente á decir que estaban en otro tiempo establecidos al E. de las jircas, sin dar á conocer la causa de su emigracion. Parece que esta emigracion fué espontánea (este es al ménos el sentido de la expresion *apostantes*), y que este pueblo no tuvo otra mira al cambiar de patria, que fundar un establecimiento sobre la gran ruta comercial.

(3) Herodoto, IV, 99.

Las indicaciones de Herodoto no permiten asignar una posicion más meridional á los países que atravesaban las caravanas. Quizás fuera necesaria esta vuelta, á causa de los salteadores que infestaban los caminos más directos. Parece, sin embargo, segun el mismo texto de Herodoto, que era más bien así exigido por las necesidades del comercio, que por cualquiera otra necesidad, y lo que acaba de evidenciarlo es, que las caravanas tenían necesidad de servirse de intérpretes, de quienes no hubieran tenido que valerse á no haber tenido que traficar con diferentes pueblos. En cuanto á la naturaleza de este tráfico, el mismo Herodoto ha tenido un gran cuidado de dárnosle á conocer, diciendo que la ruta de las caravanas escitas era la que frecuentaban, ya de tiempo inmemorial, los mercaderes de pieles.

Segun el testimonio de Herodoto, los budinos, los tisagetas y los jircas, eran todos pueblos cazadores, que habitaban en medio de los bosques, acechando á los animales desde lo alto de los árboles, y les daban muerte con auxilio de sus flechas; algunas veces tambien los cazaban con ayuda de sus caballos y perros.

Los desiertos que separan sus territorios, eran como parques llenos de toda clase de animales, y la caza que hacian de estos, como la que hoy tiene lugar entre los siberianos, no tenía otro objeto que el apoderarse de sus hermosas pieles. Todo esto está confirmado por este pasaje de Herodoto: «El país de los budinos, dice, es un lugar pantanoso, lleno de juncos, donde se cogen nutrias, castores y otros animales de cabeza cuadrada, cuyas pieles sirven para forrar los vestidos (1).»

(1) Herodoto, IV, 109. La autenticidad de este pasaje, puesta en duda por algunos autores, ha sido defendida con justa razon por Schweighöuser, *a, h, l*. Que expliquen, si pueden, los naturalistas qué es eso de animales de cabeza cuadrada. Por lo que á nosotros toca, habíamos creído desde luego que serian martas; pero nos hemos apartado de esta opinion, desde que supimos que los perros marinos (*phoca vitulina*) habitan tambien los lagos de la Siberia. No dudamos sean estos los animales de que nos habla Herodoto, puesto que son anfibios, como todos los demás de que hace mencion en su pasaje, y la grande longitud de su cabeza justifica la expresion de



En el país de los budinos, es donde se hallaba la ciudad de madera de que nos hemos ocupado ya, cercada por una muralla de la misma materia, que comprendía cada sección como unos treinta estadios de longitud. Este establecimiento, fundado por los griegos de las ciudades comerciales del Ponto, contenía edificios y templos á su costumbre (1). Fácilmente se comprende con qué objeto fundaron ellos esta ciudad. No podía destinársela más que para depósito del comercio de pieles. Y esto explica por qué las caravanas griegas, en lugar de dirigirse directamente al término de su viaje, no llegaban sino después de un rodeo hácia el septentrion. Porque la ciudad de madera era un gran mercado, donde no solamente se deshacían de uno de los productos de su industria, si que también tomaban en cambio pieles y otras mercancías, que iban á despachar á otras lejanas naciones.

Un sábio alemán, muerto en edad muy prematura para la ciencia (2), ha dado, sin embargo, ideas bien claras de aquellas tan poco conocidas comarcas. Ha probado asimismo con un gran número de documentos, que el país que tanto y por tanto tiempo se ha buscado con el nombre de Jugria en el NO. de la Rusia, es el mismo que nos acaba de ocupar á nosotros al hablar de las caravanas, y aquel cuyo itinerario trazó Herodoto.

Este país comprendía el vasto territorio situado á los dos lados del Ural, el gobierno de Perm, y la parte occidental del de Tobolsk, limitada por la orilla izquierda del Obi. Sus habitantes los jugrianos, son los mismos que hoy moran cerca del Obi, y que se conocen con el nombre de vogulos y ostiacos. Este país, mayor en una cuarta parte que la Alemania, tiene 30.000 leguas cuadradas de superficie, á con-

que se ha servido para designarlos. Se sabe además que dan pieles de todas calidades.

(1) Herodoto, IV, 108.

(2) *Untersuchungen zur Erläuterung der alterengeschichte Russlands: Investigaciones relativas á la explicación de la historia antigua de Rusia*, por A. C. Lehrberg, publicadas por Ch. Krug; San Petersburgo, 1816. El tratado en cuestión, es el primero de esta obra, y lleva por título: *De la posición geográfica y de la historia de Jugria*.

tar desde los 56° hasta los 67 de latitud N. En todos tiempos gozó de gran fama por sus animales, cuya inmensa mayoría se encontraban al E. de los montes Urales, que podían trasportarse por tres diferentes sitios. El suelo de este país es en su mayor parte pantanoso, y va siendo cada vez más á medida que se avanza hácia al N.; esto hace más inteligible el pasaje de Herodoto, en el que se habla de un gran lago ó lugar pantanoso y lleno de juncos. También allí se encontraban los castores más apreciados, que no edifican sino muy cerca del agua; y los animales que suministran hermosas pieles, como las cebellinas, las ardillas y raposos de todas especies (1). Durante el largo período de la Edad Media, la Jugria estuvo en posesión del comercio de pieles.

A partir del siglo XI, los de Nowogorod traficaron allí y la redujeron bien pronto á provincia de su república, cuya ruina, consumada mucho tiempo después, no interrumpió en manera alguna este tráfico, según lo demuestra Lehrberg (2). Por último, las caravanas de Buchara iban también á aquel país en el siglo XVI, y llevaban los géneros de su país y los de las Indias (3).

Nos abstenemos por completo de emitir nuestra opinión sobre una simple conjetura de nombres propios. Si está probado que los jircas habitaban el mismo país en el que encontramos más tarde á los jugrianos, y que este país se extendía hasta el interior de los montes Urales, ¿no podríamos suponer nosotros que los jircas y los jugrianos son un mismo pueblo, y que el género de comercio que se mantuvo entre ellos hasta el siglo XV de nuestra era, había florecido quizás millares de años antes? Encontramos en aquellas frias comarcas una ciudad parecida á la de los budinos, *la horda manchada* (ó *pie*) (4), así llamada por los caballos que ella da á los indios en cambio de sus géneros; y por último, hasta las tradiciones fabulosas que refiere Herodoto, porque la fábula de los hombres

(1) Lehrberg, 1, c, pág. 31.

(2) *Ibid.*, pág. 32.

(3) *Ibid.*, págs. 37 y 38.

(4) Lehrberg, 1, c., pág. 41.



que duermen seis meses del año, es sin duda una tradición siberiana (1), que debió tener origen en una región en que, á excepción del hombre, la naturaleza entera, animada é inanimada, duerme todo el invierno.

Las caravanas dejaron detrás de sí aquellos países de las pieles y á aquellos pueblos cazadores, volviendo al E. de los tisagetas, y pasando los montes Urales, cuya rama más meridional, conocida con el nombre de Auro-Uruk, desciende casi hasta las márgenes del lago Aral. Difícil sería determinar con precisión el punto por donde flanquearon esta cordillera de montañas; pero es probable que después de haberse transportado bastante lejos hácia el Norte por la altura de Orenburg, á los 52° de latitud septentrional, debieron efectuar este paso; y el camino que seguirían á partir de este punto, debió ser uno de los que ya hemos descrito, y que desde Orenburg los conducía hácia las llanuras de los kirguis; mas si nos referimos á Herodoto, fué más allá, y en dirección al país de los argipeos; se ve, pues, que debemos buscar la morada de este antiguo pueblo en las mismas llanuras de los kirguis, ocupando probablemente la parte oriental, y quizás también cerca de Jasartes ó Sir-Darja, hasta donde llegan hoy los kirguis.

Pero estas caravanas, ¿podían prometerse encontrar entre los argipeos un mercado favorable para la venta de sus pieles? Para dar cumplida contestación á esta pregunta, recordaremos la observación que ya hemos hecho, de que las pieles han sido siempre, no solamente objeto de necesidad, sino objeto de lujo, porque de ellas se sirvieron, no tanto por librarse del frío, como por realzar el brillo de sus vestidos y para adornos. Así que, su uso no estuvo restringido á los países del Norte, sino que se despachaban también muchas entre los pueblos del Asia Meridional. El capitán Cock no tuvo gran trabajo en deshacerse, y con ventaja, en el mercado de Canton, de las pieles de nutria que él había cogido en las costas de Natka-Sund. Si nos remontamos á la antigüedad, sabemos por Herodoto que varios pueblos

(1) Lehrberg, pág. 44.

pastores, establecidos sobre el mar Caspio, estaban vestidos de pieles, y que llevaban de ellas á Babilonia, donde se las consideraba como signo necesario de riqueza, de rango ó de belleza. Ya hemos visto que entre los presentes de los gobernadores figurados en el gran relieve de Persépolis, hay también pieles, y haremos ver más adelante, que este objeto de lujo fué muy buscado por los indios desde los más remotos tiempos. Los escitas y los griegos no debían encontrar más dificultad para vender sus pieles á los argipeos, que en nuestros días á los rusos, que las cambian en kiachta por géneros de la China. Esclareceremos este punto con las siguientes observaciones.

Herodoto dice, que los traficantes escitas y griegos del Ponto-Euxino no iban más allá del país de los argipeos; pero no dice que este país fuera el límite de su comercio. Parece que entre los argipeos era donde se reunían las caravanas del E. y del O., y que buscaban los mercados para poder cambiar sus mercancías.

Y en efecto, aunque el viaje de los griegos terminase en el país de los argipeos, no ignoraban la existencia de pueblos mucho más distantes, tales como los isedones y los masagetas. El que haya estudiado la historia del antiguo comercio, reconocerá fácilmente, por las indicaciones de Herodoto, lo que traía á los griegos á aquellas apartadas regiones. Por importante que fuera el tráfico de las pieles, no hubiera sido suficiente para hacerles emprender viajes tan largos y tan peligrosos; pero hallaban también medios de provisionarse en los pueblos pastores, de caballos, camellos y otras bestias de carga. Allí compraban también diversos metales; pues todos aquellos pueblos poseían mucho cobre, y algunos de ellos mucho oro (1).

Establecidos precisamente en las fronteras de los países montañosos del Asia, conservaban sus relaciones con aquellos pueblos, y sus comunicaciones estaban aseguradas por una larga cadena de poblaciones, que se sucedían sin

(1) Se atribuye la misma riqueza en oro á los pueblos que frecuentaban en la Edad Media el mercado del país de Jugria. Lehrberg, 1, c., pág. 42.



interrupcion desde estas fronteras hasta Bactra y Ataracanda, principales depósitos de las producciones de la India. Esto no es más que una presuncion, pero que tiene su punto de certeza; porque ¿cómo Herodoto hubiera podido conocer todas las poblaciones escalonadas sobre la costa oriental del mar Caspio, si no hubiera habido tantos caminos comerciales que atravesaran aquellas comarcas? En cuanto al objeto del comercio de estas comarcas, que fuera el oro ó los géneros de la India, no deja de ser para el historiador asunto de meditacion y de estudio.

Esta admiracion sube de punto, cuando leemos en Herodoto, que habia en el mismo tiempo una navegacion organizada en el mar Caspio.

Herodoto está muy lejos de caer en el mismo error que algunos autores más modernos, que han tomado este mar por un brazo del Océano del Norte; él sabe que es un lago encerrado en el interior de las tierras, y hasta mide la longitud y el ancho por jornadas de navegacion (1). ¿Dónde hubiera él adquirido estos conocimientos, si esta navegacion no hubiese sido realmente establecida?

Mientras el período macedónico, las producciones de la India y de la Bactriana las bajaban por el Oxus hasta el mar Caspio; de allí eran trasportadas, á través de este mar hasta las embocaduras del Araxes y del Ciro, y de aquí por tierra hasta el Fasis, donde eran embarcadas de nuevo y dirigidas hácia las diferentes ciudades griegas que limitaban las costas del Ponto-Euxino. Tal debió ser la direccion de esta antigua ruta comercial, que nosotros hemos trazado, no segun los testimonios positivos de la historia, sino segun las conjeturas que se desprenden naturalmente de algunos hechos bien comprobados. Estas conjeturas nos parecen más corroboradas por el retrato que hace Herodoto del carácter y costumbres de las principales naciones del Asia Central. Nos describe á los masagetes como á hombres guerreros, y á los argipeos é isedones como dados á las profesiones pacíficas; lo que casi hace suponer, que habia

(1) Herodoto, I, 203.

entre estos pueblos una distincion de castas. «Los argipeos, dice, jamás son injuriados, pues se los considera como á un pueblo santo y sagrado. No llevan armas, y concilian las diferencias de sus vecinos; y cuando un hombre es perseguido y se refugia entre ellos, nunca es inquietado (1).» Su país es, pues, un lugar de asilo al mismo tiempo que depósito de un vasto comercio.

El nombre de santos que se les habia dado, hace ver á todas luces que tenían un carácter religioso, y que jugaban entre los mongoles el mismo papel que la casta sacerdotal jugaba entre los demás pueblos. Lo que Herodoto añade de que eran calvos, acaba de confirmar nuestra opinion; porque los sacerdotes actuales de los calmuco, los lamas, tienen la cabeza calva. En cuanto á la autoridad que les atribuye, para conciliar las diferencias de sus vecinos, son palabras que no significan otra cosa sino que servian de mediadores en los frecuentes debates que se suscitaban entre los mercaderes venidos de tan lejos á su país, siendo tan extranjeros los unos como los otros.

Descubrimos tambien aquí el lazo que une en la antigüedad el comercio y la religion, lazo que asimismo hemos hallado en varias naciones, y que aún encontraremos en algunas otras. Pero aquí es algo diferente del que ha servido de materia á nuestras observaciones: se ha apropiado á las localidades, y en conformidad con las ideas de un pueblo que no conocia ni templos, ni santuarios permanentes, á lo más una tienda sagrada, como sus descendientes los calmuco de hoy. Los masagetes, vecinos de los argipeos por el Mediodía, y descendientes de un mismo tronco, representados en Herodoto como un pueblo guerrero y habituado al manejo de las armas, podemos suponer que formaban una casta guerrera. Pero no sucedia lo mismo con los isedones. Estos, vecinos de los argipeos por la parte E. y sus parientes los masagetes, no eran dados á las armas ni á la guerra; se los designaba con el honoroso nombre de pueblo justo, es decir, civilizado, y no se mostraba hostil á ningún

(1) Herodoto, IV, 23.



pueblo (1). De estos era de quien se tenían los antecedentes relativos á las comarcas más apartadas de Oriente y del Norte de Asia; porque los escitas (2) recibian estas enseñanzas de los isedones, y las trasmitian ellos mismos á los griegos.

(1) Herodoto, IV, 26. Véase el primer tratado de Gatterer, *De Hunnis*, en los *Comentarios de la Sociedad de Goettingue*, vol. XIV pág. 19, etc. En su segundo tratado ha colocado, contra la opinion de Herodoto, á los budinos y sus vecinos al E. de los sármatas, en vez de colocarles al N.

(2) Herodoto, IV, 27.

Es una prueba suficiente de que esta nacion tenia en aquellas comarcas relaciones comerciales; y si los seres, segun hemos observado más arriba, eran una rama de esta nacion, más fácil será comprender la razon de por qué el despacho de sus tejidos fué la primera ocupacion de los isedones; el reconocer con certeza el país por donde pasaba el camino más antiguo del comercio de seda, y conocer cómo este país llegó á ser depositario de este comercio, y punto de cita de las caravanas del mar Negro, que iban á cambiar sus mercancías por las de Oriente que les daban los isedones.